

Los que entendieron... y creyeron

Gracias a la convicción de personas obedientes a la Gran Comisión y por aquellos que desde sus iglesias en manera activa participaron orando, ofrendando y animando, hoy en día tenemos gente indígena rescatada del animismo, como lo relata el siguiente testimonio:

En el principio del mundo, cuando Matsuludane hizo la humanidad, él tenía un muy especial interés hacia los Jiwi (así se auto-nombran los guahibos). Él quería hacer todo lo que era bueno para ellos. Para poderles ayudar los puso a prueba.

En su primera prueba tomó una hoja de tabaco que tenía secando al lado de la casa. En la mano de Matsuludane esta hoja se volvió un gusano feo. Entonces Matsuludane primero se lo ofreció a los que iban a ser los Guahibo. Ellos al ver este gusano tan feo, se negaron a metérselo en la boca. En cambio uno de los blancos, gente siempre afanada y ruda, corrió, agarró el gusano y lo puso en su boca. Al instante los blancos fueron cambiando de idioma y empezaron a ser pensadores, pero los Jiwi perdieron la prueba.

Otra vez Matsuludane pensó en cómo podía ayudar a los Jiwi. Él les dio a ellos y a los ya blancos su ganado. Los Jiwi flecharon su res y la consumieron toda en un día. En cambio los blancos, enlazaron su res, chuzaron su cuello para desangrarla, la pelaron guardando la piel para hacer con el cuero un rejo. Salaron la carne y así tuvieron con qué comer durante mucho tiempo. Otra vez los Jiwi perdieron la prueba, todo su ganado se volvió venado y los blancos se quedaron con todo el ganado.

Matsuludane buscó otra prueba para ayudar a los Jiwi. Esta vez hizo un pozo grande y puso una culebra grande en su fondo. Luego invitó a los Jiwi para que se bañaran en el pozo. Ninguno quizo bañarse con esa culebra en el pozo, todos se retiraron para verlo de lejos, aun los blancos. Entonces Matsuludane los animó a que por lo menos se mojaran el cuerpo con una totuma de esa agua, pero nadie quiso. Decían: “si quita la culebra entonces sí nos bañamos”, y fue así como toda la humanidad perdió su oportunidad de

lograr la inmortalidad. Si se hubieran bañado con la culebra, sólo mudarían su piel sin morir como las culebras. Con el tiempo los blancos tuvieron que salir de entre los Jiwi debido a lo



José Fonseca con su familia

mezquinos que son con sus cosas. No tenían las cosas en común como los Jiwi deben hacer. Entonces Matsuludane abandonó a los blancos, pero siguió buscando cómo ayudar a los Jiwi a obtener la inmortalidad, pero los Jiwi siempre perdían las pruebas.

En algún tiempo de la primera parte del siglo XX, por medio de un brujo, los Jiwi llegaron a saber que la prueba de Matsuludane consistía en no comer la comida terrenal sino sólo la bebida celestial de nombre “dana”, no tener hijos, ni aún relaciones sexuales, pero sí bailar sin cesar. Si cumplían todo esto, los Jiwi podrían ser seres livianos como el humo, podrían subir donde las estrellas y vivir para siempre. Los Jiwi tampoco lograron pasar esta prueba. Año tras año seguían haciendo el intento sin éxito; es que nadie podía aguantar una prueba tan dura.

En medio de la frustración llegó una misionera con el mensaje del evangelio. Ella lo presentó en español usando un intérprete. Lo que los Jiwi captaron

del mensaje fue: “Aquí está la nueva prueba de Matsuludane. Sólo hay que abstenerse de las cosas que nos hacen daño como el licor, el tabaco, el baile y el pecado. Hay que ir a los cultos con fidelidad y ser bautizados en agua. Si uno hacía esto tendría vida eterna.” Todos los parientes de José Fonseca acudieron a esta nueva prueba pensando, “esta vez sí, no vamos a fallar.” Con el tiempo vieron que no era tan fácil. Es que aún tratando de hacer todo lo correcto la gente moría.

Entonces José fue a estudiar a un Instituto Bíblico en las afueras de Bogotá para saber qué les faltaba. Volvió a su pueblo y tomó el cargo de profesor de escuela. Luchaba con sus malos deseos. Se paraba frente a la gente para confesar sus debilidades para ver si la vergüenza le ayudaría a vivir como debía ser para obtener la inmortalidad. De nada le servía.

En esto llegó otro misionero enseñando la Palabra de Dios, pero esta vez en el idioma de los Jiwi. Este misionero empezó a enseñar en el libro de Génesis los fundamentos del Evangelio encontrados en el Antiguo Testamento. Al llegar a la presentación del Evangelio, José entendió: “No tengo vida eterna porque soy pecador. No puedo hacer nada para obtener la vida eterna. Soy incapaz. Dios me ofrece la vida eterna gratuitamente sólo por creer en lo que Jesús hizo por mí en la cruz. ¡IMPOSIBLE!” pensó José. Fue a preguntar al misionero pensando que había entendido mal. Después de conversar 4 horas con el misionero, José entendió que Jesús había hecho todo y él no tenía que hacer nada, sólo confiar en Jesús como su Salvador. ¡Qué gozo! Libre al fin de esta pesada carga y seguro en su vida eterna. ¡Qué Dios tan lleno de gracia!, en nada parecido a ese Matsuludane que siempre saca pruebas que nunca podremos cumplir. ¡Dios sabiendo que no las podíamos cumplir, hizo Él todo por nosotros!